

## ***En el corazón de la tiniebla***

Pues ya he regresado por tercer año consecutivo de ese continente tan lleno de contradicciones, de dolor, de vida y de muerte, que es África. Mezcla de belleza y suciedad, de lágrimas y risas, pobreza y abundancia. De fertilidad en los vientres de las mujeres, y esterilidad de soluciones a tantos problemas que desbordan, que superan, que casi es mejor volver la espalda, y desear no verlos.

Por que como dejes que te afecten y los sientas tuyos es muy difícil volver a la rutina, a la normalidad, a nuestro rollo, como si no lo hubiéramos visto o no hubiéramos estado informados. Eso es lo malo de ir a África y de conocerla. O tienes el corazón y la sensibilidad completamente atrofiada, tan endurecida y egoísta, o deseas con todo el corazón responder con creatividad a buscar y pensar soluciones para tanta injusticia.

Este año es el que más tiempo he estado y la verdad es que no me arrepiento. Es todo nuevo. Hablaba con un colega allí, en la selva, que para un joven español, no hay otro lugar en el mundo más diferente al nuestro, que la selva camerunesa. Vivir en Camerún es raro desde todos los conceptos. Desde el orden, desde el clima, desde las habitaciones, desde los medios en los que nos trasladamos, desde el concepto del tiempo, la organización. Hasta lo que significa la palabra amar, querer, dar, confiar.

Es todo tan diferente que en muchas ocasiones tenemos cortocircuitos mentales. Cruces de sentimientos, de sensaciones, dejamos de vivir en el control, en el dominio, en la engañosa sensación de tranquilidad en la que vivimos en España. Y entramos, con una gran sonrisa de acogida, en la situación cotidiana, y habitual en la que están inmersos, las tres cuartas partes de la humanidad que no son primer mundo. Es como si el recepcionista del hotel nos abriera la puerta al tercer mundo, y desde que entras ya todo es raro, no digo diferente, sino raro. De la confianza, a la desinstalación. Solo coger las mochilas y las cajas de la terminal de equipajes en Douala se convierte en una hazaña. Pasar la aduana otra. Cargar las cajas y los equipajes en la camioneta otra.

Os hablo de 20 minutos de duración y os podría contar lo duro de cada una de esas cosas. Llegamos a las 2 de la madrugada. Esta muy carente de luz el aeropuerto. Sin gente, sin tiendas, sin "Dutty free", sin ejecutivos enchaquetados, sin móviles. La humedad te golpea y el olor. La piel empieza a sudar y ya no paras. Todas las maletas caen agolpadas y hay que pelearse para llegar hasta la tuya. Están todas mojadas porque llueve, como siempre en Douala. Y las cajas están empapadas. Todo el contenido se desparrama. Los botes de leche en polvo nutritiva para los bebes se caen, la gente los coge. Agobio.

Hay unos chicos con una bata verde que son los maleteros. Te arrancan de las manos las cajas, las mochilas, para que les des unas monedas. Y empiezas en lo más profundo de ti a pensar que te has equivocado. Que no se que haces ahí. Si por fin llegas al coche, te sigue una multitud expectante. Preocupado en que no nos roben, a pocos metros empieza una pelea entre un muchacho maletero y un taxista. La razón de la pelea, quien se queda con un bote de nutriben para niños entre 6 y 12 meses de vida. Que raro.

Esa sensación de extrañeza acompaña cada día. Vamos con la necesidad de aprovechar bien nuestro tiempo. Nos sentimos muy importantes y muy útiles. Nuestros ritmos de eficacia, de productividad, de resultados, de repente vuelven a quedar contrastados. Y vuelven los cortocircuitos. Por muy especializados que estemos, tanto los médicos, como los de la construcción. Por muchos planos y proyectos realizados, con ordenador. Luego la aplicación y la realización no es tan automática.

África no viene a servir a unos chavalitos necesitados de sentirse útiles y realizados. Su dureza la empezamos a sentir en nuestra propia piel. Las medinas que llegaban de España, tardan una semana más de lo previsto. Había que empezar la campaña de salud, anunciada para el pueblo de Ebindisi y de repente no tenemos nada que recetarles.

El camión de los materiales para el depósito de agua potable, que encargamos ayer, y que esperamos hoy, tarda 5 días más de lo previsto. ¿Cómo negociar ese sentimiento de desconsuelo?

De dos maneras. Con quejas, con protestas, con buscar culpables, con echar la culpa a los responsables, con **“yo lo haría así, o lo haría así”**. Lamentos y quejidos de niños caprichosos que vamos de solidarios. O con la pregunta sobre lo maduros y dispuestos que estamos a vivir en África como los africanos. Con la pregunta sobre lo dispuesto que estoy al compromiso, a la responsabilidad, al llevar hasta el final lo que empiezo.

Aprender a esperar, aprender a sufrir, aprender a reír, aprender a que nadie va a hacer por nosotros lo que nosotros mismos podemos hacer. Aprender a ver lo ridículos de nuestros planes, de nuestras programaciones. Hubo un domingo al que todos estábamos esperando con ansiedad, por que había partido. Toda la semana preparando el choque. Alineaciones, planes, jugadas. Distribución del juego. Y a la hora del partido...una tormenta africana que imposibilitaba el partido. Suspensión, decepción. Los ánimos por los suelos. Qué cachonda es la naturaleza que se encarga de recordarnos lo pequeños que somos, lo poco que sabemos, que podemos, que tenemos. Aprender a vivir. Como ellos, como ellas, que después de esperar 9 meses a que les naciera un hijo, a los dos días de nacer se les muere.

Nuestra cocinera Cecil, a la que todo el mundo la llamamos con el mote de la rancia, la seca, la borde. Pocos de los que la llamaban así sabían que había tenido dos hijos, y que los dos estaban muertos. Que difícil se nos hace dejar nuestros criterios, nuestras formas de ver las cosas. Que poco sabemos de ponernos en la piel de los otros. Cuanto prejuicio, cuanta queja. Y así han sido las 5 semanitas camerunesas.

Trabajo mucho. Vamos por 9 fuentes de las 14 que tenemos que hacer. Un depósito de recogida de aguas de lluvia empezado y seguro que a buen ritmo se terminará. La ampliación del dispensario, que servirá de locales multiusos y de habitaciones para los enfermos que serán operados en septiembre. Letrinas en los poblados para que las condiciones de higiene mejoren, las campañas de salud a buen ritmo, atendiendo a las poblaciones que más difícil tienen el acceso a la medicina. A la espera de que vengan cirujanos a mediados de septiembre para intervenir con operaciones para los casos más graves.

Y sorprendido de lo que nos cuesta entender a los occidentales lo que significa la palabra misericordia. Una piedra metida en el cauce de un río, si la partes por la mitad puede estar completamente seca. Y un corazón que no aprende a amar, puede estar en las zonas más pobres del mundo, y puede seguir centrado en si mismo. Incapaz de sufrir, incapaz de dejarse afectar por lo que los otros viven. Que peligroso ver la vida con ojos de turista.

¿Turismo solidario o implicación con la justicia, con proyectos de desarrollo? ¿Solidaridad o centramiento en nosotros mismos? Eso depende de cada uno. Coger el avión y plantarse en el centro de la tiniebla no obliga a amar. Es algo que no se puede imponer, ni suponer. La experiencia es muy personal.

A mi ir a Camerún siempre me provoca crisis. Crisis de lo que significa vivir en occidente. De lo rápido que se me pueden olvidar las miradas, los diálogos, las lágrimas, la dureza de unas condiciones de vida. Allí no se habla de calidad de vida, ni de derechos, ni de mejoras. Se habla de sobrevivir, de necesidades, de ayuda real. No estoy desanimado, ni pesimista. La cosa está lanzada y muchos de los voluntarios con planteamientos de compromiso serio con el continente africano. Pero si estoy preocupado. Por que si vamos perdiendo la sensibilidad pensaremos que el tercer mundo no existe. Que es el contenido de una pesadilla, que con despertar al día siguiente, y ver que todo sigue como siempre, ya se olvida. Y no es así. La gente te muestra sus cuerpos atravesados de cicatrices, de heridas, de insectos, de fiebres. Y es una llamada. **“Tengo sed”. “Venid benditos de mi padre, por que tuve hambre, y me disteis de comer. Tuve sed y me disteis de beber.... ”**

Pero la buena noticia es que las tinieblas también esconden muy buena dosis de corazón. Que pasada ver a los voluntarios implicados 24 horas al día, con los pacientes. Que ternura en cada abrazo con los niños, cada rato de juegos, de bailes, que preocupación por cada paciente en el dispensario. Que generosidad en cada carretilla transportada, en cada piedra trasladada. En el corazón de la tiniebla se esconde la luz de la esperanza, de la resurrección de la alegría que vencerá y resucitará a tantos inocentes, a tantos anónimos preferidos a los ojos de Dios.